

el hombre del saco, II

Caían las primeras sombras de la noche cuando el grupo de amigos divisó el enorme camión varado en los márgenes de un vertedero que cualquiera hubiera creído abandonado. Al subir, encontraron la cabina en un estado lamentable: el volante había desaparecido, la palanca de cambios estaba doblada en una posición inverosímil y el suelo, las ventanas y los asientos pintarrajeados de obscenidades y dibujos pueriles. En la parte trasera descubrieron uniformes escolares, peluches, mochilas, diademas y pulseritas de colores como piezas de colección de un destartado museo de objetos perdidos. Uno de los chicos mostró con la luz de su móvil un viejo saco de tela al fondo del container. Algo brillaba en su interior, un rumor de bosque frondoso, el eco lejano de un tesoro enterrado, la promesa de una aventura que nunca olvidarían.

Solo percibieron el hedor tiempo después, pareciera que llevaran décadas atrapados en aquel lugar viciado de tantas atrocidades, como una pesadilla. Poco a poco, un manto de depravación empezó a tomar forma y de la oscuridad brotó una voz infantil y a la vez profundamente áspera, enferma, perturbadora. Aquellos muchachos se miraron a los ojos y, aterrorizados, se dieron cuenta de que habían cometido el peor error de sus cortas vidas.

El último en acabar en el saco casi logra salir del camión.